

LA PRÓXIMA
GRAN SERIE
DE NETFLIX

44

CAPÍTULOS

SOBRE

4

HOMBRES

BB EASTON



ESPASA

BB EASTON

44 CAPÍTULOS SOBRE 4 HOMBRES

Traducción de Pilar de la Peña Minguell



Título original: *44 Chapters About 4 Men*

© 2016. 44 Chapters About 4 Men by BB Easton
Publicado por acuerdo con Bookcase Literary Agency
© por la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:
Espasa Libros, S. L. U., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Canciones del interior:
Pág. 199: *You Never Even Called Me by My Name*; 1975 Sony Music
Entertainment; compuesta por Steve Goodman y John Prine en 1971;
interpretada por David Allan Coe.

Primera edición: enero de 2021
ISBN: 978-84-670-6137-6
Depósito legal: B. 20.944-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

EL ROBOTARIDO

DIARIO SECRETO DE BB

16 de agosto

Querido diario:

Me mata este cabronazo.

Está recién salido de la ducha. Lo tengo tan cerca que le huelo el gel de baño en la piel. Lleva el pelo mojado y sexy, y la barbita del largo ideal: lo justo para que resulte suave al tacto, pero no tan larga que oculte sus facciones perfectas. Y esa forma en que se le ajusta la camiseta interior a los bíceps y a las sólidas ondulaciones del pecho... Pasaría la noche entera mirándolo. Y lo he hecho, con el rabillo del ojo.

Pero no me basta: quiero tocarlo.

En la media hora transcurrida desde que se ha dejado caer a mi lado y ha puesto el partido de los Braves, se me han ocurrido mil y una formas de acariciarlo. Podría entrelazar mis dedos con los suyos, o recorrer con los nudillos su mandíbula cuadrada y rasposa. Hasta podría ponerme juguetona y pasear mis uñas de color menta por sus abdominales; luego, captada su atención, subirme a

horcajadas en su cuerpo fuerte, limpio y húmedo, y enterrarle los dedos en el pelo mojado.

Pero no hago nada de nada, porque sé que lo único que voy a conseguir es una mirada de soslayo y un desplazamiento en la dirección opuesta.

Mi marido es un pedrusco. No en plan «es superfuerte y un gran apoyo, no sé qué haría sin él», sino más bien «es frío de cojones, a saber si aún tendrá pulso». Ni siquiera me ha cogido nunca la mano. Al menos no a propósito. Ha soportado que se la cogiera yo, estando inconsciente, pero siempre que he querido hacerlo en horas de vigilia ha aguantado estoicamente el fastidio del contacto humano unos cinco segundos y medio y luego ha ido rescatando despacio su extremidad suave y flácida.

Con el sexo me pasa tres cuartos de lo mismo. Ken, siempre tan caballeroso, se queda tumbado y se deja hacer, participando en silencio con las caricias mínimas y obligatorias. (Hasta cuando quise animar un poco el asunto reproduciendo la escena del helado de *Cincuenta sombras más oscuras*. En mi defensa debo decir que a mí me toca hacer de Christian porque Ken no sabe, claro. Y reconozco que el ruido de fondo de un monitor infantil no es precisamente Al Green. Además, nunca tenemos helado de vainilla, como en el libro, sólo Cherry Garcia, que es un poco raro de lamer con tanto tropezón. Aun así, agradecería que colaborase un poco.)

E independientemente de la cantidad de teatro empleada, después siempre beso y achucho el cuerpo hermoso y fibroso de Ken, procurando exprimir una dosis mínima de calor de ese canto rodado en forma de hombre que es mi marido. Mientras lo hago, casi lo oigo con-

tar segundos mentalmente («Uuuno, dooos, treees...»), hasta que me da una palmada en el culo, como pidiéndome que me quite de encima de él de una puta vez. O eso me parece a mí.

El problema de Ken no es su frialdad, su falta absoluta de pasión, deseo o aptitud para la intimidad. De hecho, eso es lo que mantiene nuestro matrimonio más o menos estable y libre de dramas. Eso y que el tío nunca hace NADA mal.

Kenneth Easton es un *robotarido* que corta el césped, paga las facturas, cumple la ley, conduce con prudencia y saca la basura, un autómatas construido expresamente para soportar entre setenta y ochenta años de tormentoso matrimonio. Jamás lo he pillado mirando a otra mujer. Dios, ni siquiera lo he pillado en una mentira.

No, el problema de Ken es estar casado CONMIGO.

Antes de conocerlo, querido diario, yo ya había probado al menos un setenta y tres por ciento de las posturas del *Kamasutra*. Me había afeitado la cabeza casi entera y me había hecho *piercings* en todas mis cositas sin tener edad siquiera para ver una película de adultos. Pasaba mis ratos libres dejándome esposar por tíos con más tatuajes juntos que un concierto reencuentro de los Guns N' Roses. Ken no podía competir, así de simple.

¿Y por qué, te preguntarás, una punki guarrilla como yo va y se casa con un tío tan puritano?

Fue por ESAS COSAS. Porque cada vez que huelo el perfume empalagoso de *Obsession for Men* de Calvin Klein me sube la adrenalina y se me dilatan las pupilas nivel «sal corriendo o fóllatelo»; cada vez que veo un *piercing* en el labio inferior pienso en volver a fumar, y con un tatuaje de brazo entero me dan ganas de montar-

me en un bus turístico y dejar tirado todo lo que tanto he luchado por conseguir; porque tenía los nervios disparadísimos cuando conocí a Ken, mi corazón tiraba con lo justo y la estabilidad, la seguridad y la cordura que él me ofrecía eran un bálsamo para mi alma molida y chamuscada.

Puede que aquellos niños grandes tatuados de mi pasado fueran amantes feroces, pero no sabían tener la picha quieta, el culo fuera de la cárcel, ni dinero en el banco con el que vivir. Ken, en cambio, era tan seguro y responsable, tan fácil... Llevaba zapatillas Nike y camisetas Gap. Tenía casa propia. ¡¡Corría!! En sus antecedentes penales había tan poca tinta como en su piel pecosa. Y lo mejor de todo: se había graduado en... ¡no te lo pierdas!... CONTABILIDAD.

Igual rectificué en exceso.

No me malinterpretes. Yo quiero mogollón a Kenneth Easton. Es mi mejor amigo, el padre de mis hijos y somos felicísimos juntos. Yo por lo menos. Que sí. De verdad. Se puede llorar de aburrimiento y ser feliz, ¿no? Eso es lo que llaman «lágrimas de felicidad». De felicidad, de aburrimiento, de tremendo aburrimiento. Ken es bastante antihedonista e inexpresivo, por eso cuesta saber cómo se siente. Quiero pensar que también es feliz, pero seamos francos: igual no tiene sentimientos.

Lo que sí tiene es esa pose de Capitán América, con su mandíbula cuadrada, ese pequeño hoyuelo en el mentón y esa barbita. Y unos pómulos envidiables. Y esos ojos sexis, azul turquesa, con pestañas color café; y ese pelo castaño claro del largo justo para que le caiga ese flequillito tan mono por delante. Tiene un cuerpo delgado y

fibroso. Un sentido del humor mordaz. Es brillante, autocrítico y tolerante con mis chorradas.

Yo lo encuentro perfecto al menos en un noventa por ciento, pero últimamente no paro de pensar en ese diez por ciento (o casi) que le falta: pasión y *body art*, dos cosas de las que debería olvidarme para siempre por el bien de mi precioso y monótono matrimonio.

Pero no puedo.

Los tíos tatuados son como una droga que me cuesta dejar. Devoro novelas románticas con protagonistas malos como si fueran un alimento básico. Tengo el iPhone a reventar de temas de un millar de roqueros alternativos tatuados, de esos que cantan angustiados, faltos de aliento, a punto para inundarme la cabeza con sólo pulsar un botón en cuanto necesite escapar. Mi reproductor de DVD rebosa vampiros misteriosos, moteros renegados, estrellas del rock hedonistas y supervivientes del apocalipsis zombi, machos alfa a cuyos brazos cubiertos de tinta puedo arrojarme siempre que en casa la cosa se ponga demasiado... casera.

¿Y sabes lo que he descubierto en mis escapadas a esas sociedades distópicas imaginarias y a esos cuadriláteros clandestinos ficticios? Que CONOZCO a hombres así. Que he salido con tíos así: el cabeza rapada superintenso reconvertido en marine de Estados Unidos y luego en fugitivo motero; el expresidiario corredor clandestino de carreras de clásicos tuneados con actitud temeraria; el bajista de heavy metal de ojos pintados que en el fondo era un tío sensible...

Los he tenido a todos, querido diario. ¿Cómo es que nunca había caído en el paralelismo entre los hombres de mis fantasías y mis exnovios? ¡Menuda psicóloga!

De hecho, seguramente fue Knight, mi novio del instituto, la razón por la que elegí esa profesión. Puto psicópata. Mañana te hablo de él. Ken se va a acostar, con lo que dispongo de unos cinco minutos para subir al dormitorio y abalanzarme sobre él antes de que el canal Historia lo adormile. ¡Deséame suerte!